

Pablo, el surfero NUMBER ONE

Por Pilar Cabañas Ilustración Blanca López

A Pablo siempre le había encantado el agua. No es que no le gustaran los refrescos, es que el agua era su medio natural. ¡Quizás en otra vida fue pato, pez o rana! Nadar era su gran pasión, hasta que... descubrió el surf.

Un verano aprendió a subirse a la tabla, que no es nada fácil. Aunque flota en el agua, no es como una balsa grande y las olas la mueven mogollón.

«¡Vamos Pablo, ahora!», le gritaba el profesor desde la orilla. «¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Otra vez!». Y para intentarlo, cada vez, debía remontar la línea donde rompían las olas, que querían expulsarlo de su territorio.

«Luchar no, percibir, escuchar al mar y perseverar», le decía el profe, que tenía mucha experiencia. Aquellas palabras cambiaron la actitud de Pablo, no era cuestión de pelear contra las olas, sino de acompañarlas.

Estaba en medio de estas lecciones cuando conoció a Capi. ¿Que quién era Capi? Un precioso delfín. Su piel era suave, no tenía ni pelos ni escamas, y saltaba y jugaba siempre al lado de los niños, tan cerca como para hacerles caer de sus tablas y ver quien aguantaba más sobre ella. ¡Capi parecía el asistente del profe!

Un día dejó que Pablo se agarrara a su aleta dorsal y lo llevó de paseo.

¡Increíble!

¡Qué sensación de felicidad! Agua por todas partes. Esa agua que cuando está en calma te deja paso, esa agua que te bambolea si está en movimiento, esa agua que se acomoda a la forma del cuenco de tus manos para beber...

Después de un rato Capi le invitó a subirse a su lomo, y aunque se escurría logró aferrarse con las piernas. Durante aquel viaje se dejaron mecer por el oleaje, incluso se zambulleron entre bancos de peces, y cuando se acercaron a la orilla, saltaron juntos olas impresionantes.

Pablo aprendió mucho de Capi. En él se quedaron grabadas todas y cada una de las sensaciones experimentadas, la fuerza de las corrientes marinas, la suavidad de la espuma de mar y el caracoleo de las crestas de las olas. Pablo comenzó entonces a sentir la fuerza y las caricias del agua por todos los poros de piel, a apreciar incluso sus silencios, a dejarse guiar.

Sentado ya en su tabla de surf, mirando al horizonte, advirtió cuántas cosas nos puede enseñar la naturaleza si la escuchamos.

para nosotras

